

CONCIENCIA (POST-) MODERNA DE LA CRISIS: REFLEXIONES ACERCA DE POSIBLES SOLUCIONES A LA CATÁSTROFE*

Harald Holz

RESUMEN

Esta ponencia consta de tres partes y tiene una estructura bastante simple. Incluye, primero, una descripción fáctica de la situación mundial actual; esto, ciertamente, en muy grandes rasgos; se esbozan, en segundo término, algunos posibles escenarios futuros; luego vienen unas breves reflexiones acerca de las probables salidas a la crisis; para terminar planteando la cuestión de su factibilidad.

ABSTRACT

The article has three parts: a rough diagnosis of today's world crisis, presents some scenarios of the future; and the discussion of some possible ways out. In the author's opinion humanity has already a variety of smart ideas to take hold of the crisis, such as, the possibility to transmit to the future generations the golden rule (i.e.: all men are equal).

I. El estado de la cuestión: diagnóstico de la crisis

La afirmación de que el mundo actual está pasando por una profunda crisis, no requiere prueba alguna; es más bien un lugar común. Pero, ¿en qué consiste específicamente esta crisis? ¿Cuáles son sus síntomas más característicos? Podemos precisar algunos de sus ámbitos; así, tenemos:

1° *La crisis ecológica*: Los tesoros naturales de nuestro planeta son depredados de manera creciente por unos cuantos -orientados únicamente por su mayor beneficio- en un proceso dirigido hacia la máxima posible

entropía. Los combustibles fósiles, por ejemplo, son literalmente incinerados de uno en uno, a pesar de lo bien que sabemos de su incalculable valor potencial para, por decir algo, la farmacología del futuro. **Dicho de otra manera**: precisamente esa forma de utilización de la naturaleza, que el propio sistema evolutivo natural ha asegurado durante millones de años en un perfecto circuito de reutilización de todos y cada uno de sus recursos, está siendo descuidada de la manera más inconsciente o, lo que es mucho peor, está siendo abandonada voluntariamente. Y esto no sólo es válido para los combustibles, sino, casi de la misma manera, para todos los demás bienes naturales; verbigracia también

* Reseña de la Conferencia que tuvo lugar el 22 de noviembre de 1999, en la Universidad del Pacífico, realizada por el profesor Raúl Valenzuela, Coordinador del Taller de Desarrollo Económico y Social (TADES) de la Universidad del Pacífico.

para los mares, los suelos e incluso hasta el propio aire. Lo terrible es que estos procesos de depredación han alcanzado ya casi toda la superficie de la tierra; y no muestran ningún indicio de que vayan a detenerse. Por el contrario: esta tendencia a la destrucción y la aniquilación de la naturaleza, se nos aparece hoy en día como evidente e irreversible.

Desde luego que no faltan, aquí o allá, una que otra contracorriente. Éstas, sin embargo, no pasan de ser movimientos ecologistas aislados, cuya práctica poco coordinada lleva todas las de perder ante la penetración anteriormente descrita. Todo esto no se cambia tan simplemente; más allá de los intentos de la creciente conciencia ecológica desarrollada en muchos sitios en los últimos veinte años. Lo cierto es que se carece de los medios y del poder político para imponer a escala mundial determinadas exigencias. Además, los motivos esgrimidos en contra de una política de protección ecológica, cuando de defender determinados intereses se trata, no son ni pocos ni torpes: que la lucha contra el desempleo, que las necesidades de los países en vías de desarrollo frente a los países industrializados, etc... etc...

2º Como siguiente punto quiero mencionar el acelerado, y en muchos lugares hasta ahora insuficientemente refrenado, *crecimiento poblacional*. Y aunque, en lo que a esta cuestión se refiere, la tendencia mundial en los últimos tiempos parece haber sido regresiva, aún hay grandes sectores de la humanidad que se reproducen sin conciencia de los límites y sin tener en cuenta si las condiciones de vida son adecuadas para ello o no (muchas veces no lo son). Las causas de ello van, como es sabido, desde la simple ignorancia, hasta las arcaicas actitudes familiares frente a las políticas poblacionales, pasando por determinadas cosmovisiones religiosas, como por ejemplo las de algunas corrientes católicas, o ciertas posiciones doctrinarias en el Islam o en la India.

3º De otra parte encontramos también la dimensión *económico-tecnológica* de la crisis; ya tratada parcialmente en el primer

punto. Ahora vamos a referirnos específicamente a aquella forma de desarrollar el comercio que comúnmente se conoce como neo-capitalista, la misma que con cierta frecuencia es tipificada -en forma que se presta a más de un equívoco- como neo-liberal. En este proceso, la pauta general más determinante resulta siendo la tendencia a una muy rápida y muy duradera maximización de la ganancia (hoy por hoy, casi el más alto entre los valores); así como, la subordinación de todo lo demás a este valor: el bienestar de los trabajadores, el cuidado del medio ambiente, la protección del consumidor. A esto se le suma una segunda máxima de acción: que la tan ansiada ganancia habrá siempre de ser mayor, mientras sea menor su repartición. En otras palabras: es consustancial a la naturaleza de esta cuestión que el menor número posible de personas obtenga lo más que se pueda, y que el mayor número posible se haga de la menor cantidad de entre las ganancias producidas. No podemos dejar de mencionar en este contexto las actuales políticas financieras mundiales y otras similares, que llegan a alcanzar dimensiones que superan con mucho los presupuestos nacionales de algunos Estados de mediano tamaño y que -en determinadas circunstancias- podrían poner en grave peligro las finanzas y la economía mundiales. En sus formas más puras, estas prácticas constituyen simple bandolerismo económico.

Estas prácticas económicas también se encuentran en sus formas más puras entre algunas estructuras sociales de carácter mafioso, sean éstas estructuras más bien privadas (los diversos 'sindicatos') o también estatales (por ejemplo, en los regímenes comunistas o bajo cualquier otra forma de régimen totalitario). Variaciones algo más 'domesticadas' de este tipo de conducta económica se encuentran en todas las grandes sociedades industrializadas, tanto del Este como del Oeste. Especialmente, en las llamadas sociedades 'occidentales' se vienen presentando desde hace alrededor de un siglo algunos intentos, más o menos fuertes, por humanizar

esta economía. Pareciera que la exitosa historia de estos movimientos (la Doctrina Social de la Iglesia, el movimiento sindical, el solidarismo, el comunitarismo y otros similares) hubiera experimentado cierto retroceso a partir de la caída del comunismo soviético: en virtud de un progreso tecnológico, antes considerado imposible, y cuyas consecuencias se han expandido a la totalidad de la infraestructura de los países y las sociedades industrializadas, a lo que se suma además la insuficiencia del control político, hoy por hoy el factor explotación ha vuelto a adquirir un sobrepeso considerable.

4° Con los desarrollos aquí delineados -cuyas expresiones pueden ser muy diversas según los diferentes lugares, pero que en su conjunto parecen mostrar una tendencia mundial relativamente homogénea-, se suma una *inocultable decadencia de las costumbres* transmitidas ancestralmente. Con la caída de las antiguas estructuras sociales se desmoronan también sus valores. Una suerte de *vacío moral* ha tomado posición y continúa expandiéndose de manera in-interrumpida. Para decirlo más precisamente: las normas de conducta que nos fueran traditadas a través de niveles éticos y valorativos de orden superior, han ido cediendo paso ante aquellos de un valor ético cada vez menor, alcanzando al fin las características de la ley de los puños en medio de una pura fuerza bruta. A escala mundial, y mirando el asunto desde la perspectiva de las grandes tendencias económicas esbozadas más arriba, notamos que la familia se ve confrontada de una manera aparentemente inevitable, (aunque, claro, con las diferencias locales del caso) con una prueba de resistencia nunca antes vista. Los hogares se quiebran una y otra y otra vez; la familia degenera hasta su mínima expresión, alcanzándose incluso las formas más libertinas de unión temporal de los sexos.

5° Y con esto, irremediabilmente, llegamos al siguiente punto en la agenda de la crisis: a la declinación de las más pequeñas instituciones de conservación social, como la

de la familia, a la que acabamos de aludir, corresponde, en la gigante dimensión del mundo entero, una *situación de alarma educacional extrema*. Esto no tiene, en modo alguno, que ver única y exclusivamente con la dotación del instrumentario cognitivo de los educandos; como si el objetivo fuese tan sólo que éstos alcancen las mejores condiciones posibles para aprobar en la lucha por la vida. Esto afecta, más bien, cabal y precisamente a aquellas formas de conducta sobre las cuales -y por medio de las cuales- una sociedad bien estructurada logra constituirse, desde las más pequeñas unidades sociales, pasando por una enorme variedad de estados intermedios, llegando al fin al conjunto más pleno, aquél que conforman la nación y el Estado. Pareciera como si, en esto, las formas de una moral brutal hubiesen tomado los puestos de avanzada. Y la violencia fina de la mafiosa (o *mafio-fórmigue*) cúpula tiene, de alguna manera, su correspondencia en la violencia grosera de los estratos sociales inferiores claramente discernibles. Lo que más llama a reflexión en todo esto (o más bien: a reparo), es que, hoy por hoy, en casi cualquier sociedad -igual si se trata de una altamente industrializada que de una del así llamado Tercer Mundo- pareciera estarse incubando un potencial de violencia que aumenta incontrolablemente. El desamparo de la niñez en la fase de formación del carácter, especialmente su abandono espiritual, habrá de tener su correlato en un extraordinario aumento del embrutecimiento emocional en la edad adulta.

6° Este aterrador escenario continúa mostrándonos otra fase más de su desarrollo vis a vis de una lenta pero progresiva *decadencia de la autoridad del Estado*. Claro que esta cuestión muestra todas las diferencias correspondientes a los distintos niveles y formas de desarrollo de los Estados. En muchas regiones del África, por ejemplo, este proceso ha avanzado enormemente desde que la era colonial llegara a su fin. Y, luego de la desintegración de la Unión Soviética, en las zonas norte y centro del continente Euro-asiático pareciera estarse dando una evolución simi-

lar. De la misma manera: no son pocos los Estados en el Asia del Sur, al igual que algunos de los iberoamericanos, que por uno u otro motivo -sea la destrucción del ambiente o el incremento poblacional- parecieran estar llegando al límite de sus posibilidades. Y en modo alguno podría decirse, tampoco, de los Estados industrializados, que todo les esté yendo de lo mejor. O se está dedicando a hacer *lobby* en favor del neocapitalismo o se está echando demasiado trabajo a las espaldas, en una malentendida idea de lo que es la socialización. Al respecto, v. gr., traigo simplemente a colación el nuevo y grave problema que significa el progresivo envejecimiento de la sociedad -responsable, precisamente, de cargar consigo misma-, cuestión que no viene sino a hacer más difíciles las cosas.

7° Lo siguiente que corresponde mencionar es que el *crimen internacional* ha cobrado una nueva dimensión. Como ya se insinuara de pasada al inicio, las prácticas internacionales de esta subcultura, tan bien organizada en la figura de las más diversas mafias, hablando cabalmente, puede ser perfectamente entendida como consecuencia de todas las circunstancias más arriba descritas. En primer lugar, cabría considerar aquí como una de las causas de este aspecto de la crisis, el ya aludido sistema económico, ése que se nos aparece con la forma del más puro y crudo capitalismo; ese mismo que, como ya dijimos, logra que cualquier aparato estatal se le someta. A ello hay que añadirle el deterioro antes referido de las estructuras sociales más pequeñas. Aunque, en realidad, en lo que a esta cuestión se refiere, tendríamos que considerar que el componente determinante de este panorama es el nuevo momento tecnológico de una sociedad de la información mundialmente organizada: los diversos sindicatos vinculados a este campo han desarrollado una estrategia verdaderamente exitosa y global. La moral que aquí impera puede caracterizarse perfectamente con la noción 'hobbesiana' de la guerra de todos contra todos.

8° De ninguna manera, empero, puede dejar de mencionarse, la *absoluta pérdida de orientación en cuanto a la comprensión de la realidad* (de eso que los alemanes llamamos *Weltanschauung*); pérdida que lleva unas veces al nihilismo de la comprensión y otras veces al nihilismo moral; - aunque otras veces suele llevar también a una suerte de *contra-reacción cosmovisiva* por parte de los agentes de sistemas de creencias muy fuertemente establecidos, que se nos aparecen, ante todo, en la forma de los más diversos fundamentalismos (protestantes, católicos, islámicos, hinduístas, o en la de los fundamentalismos nacionalistas del más variado origen), de corte local, unas veces, otras, empero, ya con metas globales claramente definidas. A esto se suman las nuevas ideologías seculares, como lo fuera un día el marxismo, así también más tarde el neo-empirismo, al que cabe añadir las nuevas y muy diversas formas del irracionalismo; todas, eso sí, elevando sus pretendidos derechos a resolver los problemas a su manera o, en el caso contrario, a declararlos "sin importancia"; evidenciando así incontrastablemente que estas ideologías también tienen sus rasgos fundamentalistas.

9° ¿Y de la Filosofía qué se puede decir? ¿De aquella instancia esencialmente crítica de la humana razón? Pues, que se constata, ante todo, *una resignada abdicación de este rol*. Ello la ha llevado, en parte, a envilecerse hasta el punto de convertirse en la decadente sirvienta de esos mismos fundamentalismos que elevan sus protestas acerca de su poder redentor; y en parte, a encerrarse en su torre de marfil, donde se dedica únicamente a la investigación de su propia historia. De cualquier forma, la ciencia, cuya naturaleza primordial consiste en dirigir, hace tiempo ya que se corrió del escenario.

La pregunta de a dónde nos lleva todo esto, y en dónde habrá de desembocar, es una cuestión que habrá de quedar, por ahora, abierta. Aunque, de otra parte, hay una cosa que parece ya bastante segura: y eso es que, si bien, de un lado, los medios prácti-

cos (y en cierta forma también los teóricos) llamados a ser los instrumentos de auxilio, se encuentran ya, evidentemente, a nuestro alcance, (por lo menos en la mínima medida que se requiere), la disposición de los mismos y su implementación efectiva dependen fundamentalmente de las fuerzas económico-políticas; y precisamente acá es donde las cosas van por el mal camino, como todos bien sabemos. Según todos los indicios, lo decisivo aquí es fundamentalmente una *cuestión de mentalidad*. Pareciera que en las más altas instancias de decisión primase todavía la idea de que la previsión y la planificación cortoplacistas (hablando a escala humana, se entiende), que naturalmente, además, parecen ir siempre de la mano con los más bajos costos para ese preciso instante -que la visión más corta en todo sentido, en suma, pudiera ser suficiente para dominar a la amenazadora crisis. Y si se va a hablar en serio, habrá que decir igualmente que existe en parte también una actitud, que podríamos calificar como de un aislacionismo más o menos radical, bajo un lema bastante primitivo que dice algo así como: ¡Y a mí qué me importa, que a mi vecino le vaya mal; acá, de lo que se trata, es de que a mí me vaya bien! Lamentablemente, es ésta una actitud de la que, con bastante certeza, puede decirse que es -por lo menos en buena parte- determinante en uno u otro continente; (tal, por ejemplo, en los casos de Norteamérica y Asia Oriental).

II. Discusión crítica de las posibles salidas a la crisis

Lentamente, y con no pocas dificultades, se va imponiendo la convicción de que esta actitud es sumamente infantil y que otra actitud más madura se hace cada vez más imperiosa. En el interín, a cualquiera que tan sólo quiera abrir los ojos, se le ha hecho evidente que, a la larga, ese simple "*dejar-que-siga-pasando-como-hasta-ahora*" conduciría a una catástrofe gigantesca y generalizada, catástrofe que, aunque en sus inicios muestre

rostros diferentes, en su fase final todos los agentes la sufrirán por igual. No se trata aquí de entrar en mayores detalles, los escenarios de su desarrollo son de todos conocidos. Si tuviera que ponerlo en pocas palabras, diría que un desarrollo de este tipo terminaría arrastrándonos a una "guerra de todos contra todos" y, para decirlo más específicamente, a una guerra que acabaría por hacerse inevitable, entre los distintos grupos de poder que determinan la historia económica y política; aquellos mismos grupos frente a cuya merced -piadosa o impía- se sienten las personas irremediabilmente entregadas.

Más precisamente, encontraríamos que aquí se activa un complejo tejido de los más diversos intereses del poder coyuntural; tejido que sigue una suerte de patrón 'darwinístico' social de competencias mutuamente represivas o excluyentes. ¿En qué medida podría esto -dado el caso- ir llevando a una suerte de guerra civil mundial? Ésta es una pregunta que por ahora habrá de permanecer abierta. Los intereses en juego corresponderían a los asuntos más elementales: los recursos naturales como fuentes de energía, la garantía de disponibilidad alimenticia, y más en la base aún, la lucha por el agua y, tal vez, algún día, la lucha por un suelo o un aire no contaminados. Éstas no son sino un par de ideas guía, de aquello que podría estarnos ocupando en un futuro, desgraciadamente, tal vez no muy lejano.

Y no debemos olvidar que estas formas tan primarias de los más vitales intereses suelen ser alegremente utilizadas como pretexto por aquellas corrientes ideológicas que sólo buscan imponer sus posiciones particulares. El más típico patrón para imponer en la mentalidad de las masas la idea de que las cosas deben ser así, es con frecuencia aproximadamente el mismo: la crisis actual, con todas sus impresionantes evidencias, es interpretada como una suerte de castigo por parte del poder, entendido éste como "*la más alta instancia de la realidad*"; que suele ser presentada, además, como el Dios cristiano o el islámico, o como el Nirvana hindú, o tam-

bién, en una suerte de nivel aparentemente más ilustrado (en el sentido de la Aufklärung alemana), simplemente como una excelente idea secular. Todo lo que se necesita para escapar de la amenaza del castigo es una conversión, total y sin ningún otro compromiso, hacia aquellos valores tan puros, como son los que autoriza precisamente la propia fuerza que conmina. Y por supuesto que el contenido de esos valores puede variar según se trate de la una o la otra cosmovisión¹.

Sin embargo, desde la perspectiva de un análisis estructural, todos estos casos muestran más o menos el mismo patrón: la forma de vida alcanzada a través de una conversión de este tipo -por lo menos es lo que se pretende- pareciera funcionar como una especie de fuerza mágica, como una suerte de exorcismo. El ejercicio de las prácticas correspondientes adquiere así la relevancia de un ritual fundamentalista. Por lo demás, el arquetipo histórico de esta forma de pensamiento podría encontrarse, con bastante seguridad, en el molde de los informes proféticos del Antiguo Testamento. Si el suceso esperado, si la mejoría de la situación, no se hace presente tan pronto como se pensaba, la concepción del mundo de la que en cada caso se trate se encarga de hacer evidente la necesidad de un reforzamiento de los esfuerzos rituales (En algunos casos extremos no se excluye el requerimiento de los sacrificios humanos). Así, pues, en este caso tendríamos ante nosotros, al lado de aquella mentalidad cortoplacista de 'ganancia-y-gozo' a la que aludíamos más arriba, esta otra mentalidad que apela a la causalidad mágica. No me atrevo a pronosticar a dónde podría llevarnos esto, sobre todo en el caso de que este tipo de pensamiento se impusiese incontestablemente, ante posibles amenazas globales. Podría incluso llegar al punto de que las atrocidades de Hitler y Stalin, de Mao Tse Tung y Pol Pot, fueran tan sólo las oberturas de lo que aún estaría por venir.

De otra parte: nada de esto es, aún hoy, inevitable. Porque, como dijimos líneas

arriba, existen ciertamente buenas nociones, suficientemente desarrolladas, como para poder manejar la catástrofe. Así, pues, que no es como si la *Razón* hubiese sido ya obligada a la más absoluta e incondicional rendición. (Aunque, y esto hay que decirlo, hay una cierta especie de 'Filosofía' que desde hace un tiempo viene mostrando sus ansias de poner en tela de juicio su real rango, sus capacidades y, sobre todo, su propio fundamento. Una 'Filosofía' que, esforzándose por esconderse detrás de un cierto relativismo, un escepticismo, anarquismo o nihilismo -aparentemente en nombre de una pretendida humildad intelectual, una supuesta buena fe y otras cuestiones similares- parece, en el fondo, estar más bien interesada en socavar los verdaderos fundamentos de todas o de cada una de las *Razones*, en hacerlos parecer inseguros y, en la medida de lo posible, traerlos abajo ante los ojos de muchos. Y esto sea dicho nomás de paso: Los nombres de 'Hume', 'Comte', 'Nietzsche', 'Heidegger', para sólo nombrar a estos pocos, parecieran haber desarrollado una especie de fuerza mágica capaz de seducir intelectualmente al planeta entero).

Y con esto, entonces, no sólo se plantea la pregunta acerca de la forma que deberían tener las propuestas de solución en cada caso concreto; es decir, por ejemplo: ¿cómo se debería combatir *la ganancia puramente especulativa*; cómo la *estupidización de la sociedad* a través de los nuevos medios; cómo hacer con la *institucionalidad delictiva* internacional, pronto mundial; cómo enfrentar la *irracional y destructiva explotación de los recursos naturales*; cómo plantarse ante las erradas comprensiones intelectuales, que se nos presentan en las múltiples formas de las *ideologías irracionales*? ¿Cómo hay que hacer para combatir todo esto de manera concreta? Y es que, ante todo, y para no volver a recorrer la errada senda, habría que someter a un examen muy riguroso a la *razón* misma, a la que hemos convocado hoy a este campo de reflexión. -Porque, en mi opinión, si hay algo que se evidencia como el motivo más profundo de todas las

evoluciones catastróficas aquí enumeradas, así como de todos los ámbitos de posible expansión de las mismas, es siempre esto: que al inicio de todas y cada una de las veces en que dichas realidades estaban a punto de echarse a andar, en el inicio, siempre se enquistaba una idea errada de dicha realidad. -Naturalmente que esto no puede ser tratado aquí de la manera tan extensa como tan delicada cuestión requeriría. Vayan, empero, unas cuantas ideas guía, para mostrarnos la dirección en que se podría profundizar la búsqueda.

Así, en lo formal, puede decirse con seguridad que *la pérdida de una cosmovisión integral* que se produjo en los inicios de la modernidad europea, representa un paso muy grave en la dirección equivocada. Con esto me estoy refiriendo no tanto a algunos contenidos determinados, como pudieran haberlo sido, por ejemplo, la pérdida de una visión cristiana y teológica del mundo o de Dios, o alguna otra similar; sino a la pérdida de una manera de ver en sí, de una manera de ver que queda más atrás que todas las cuestiones de contenido y que va dirigida a conocer de una manera integrada y equilibrada todos los aspectos y todos los momentos que de una u otra forma fueran relevantes para poder hacerse una idea del mundo; manera de ver que provenía, por así decirlo, *desde el interior*. -Frente a esto, nos encontramos con una cosmovisión moderna, que en un principio se estableció como una especie de renacimiento del antiguo atomismo -tanto en cuanto a contenido, cuanto especialmente en lo que a método se refiere; cosmovisión, empero, que fue muy pronto mutando hacia las más diversas formas del materialismo (en lo ontológico), el empirismo (en lo referente a la teoría del conocimiento), el positivismo (en lo que concierne a un intento de cosmovisión integradora), el utilitarismo (en la ética), el ultra-individualismo (en lo sociológico) y, por último, también, en el capitalismo económico. Aquí hay que incluir, asimismo, las más variadas formas del irracionalismo, que marcaron con el sello de

su cosmovisión, por ejemplo, a las diversas artes plásticas y literarias.

Es claro que sobre la base de este modelo del mundo se han producido hasta ahora muchos avances extraordinarios; así como también en lo referente al análisis, por ejemplo, en lo que atañe a las teorías sociales y del Estado. Y esta tendencia aún se mantiene. -Y sin embargo, permanezco en lo dicho al constatar que, a partir del núcleo de dicha cosmovisión, desde el centro filosófico de la misma, ya desde los inicios de la modernidad, es decir, más o menos desde la época de Galileo y de Gassendi, de Descartes, Thomas Hobbes y John Locke, la visión de una polaridad con igualdad de derechos de, (uno a uno): individuo y comunidad, hombre Y naturaleza, investigador entendimiento Y razón orientada hacia la sabiduría, todas las veces se perdió en provecho del polo mencionado en primer lugar. La consecuencia fue que el individuo venció en la lucha contra la comunidad, el hombre venció en la lucha contra la naturaleza, y el entendimiento investigador ganó en la lucha contra la sabiduría racional. Y este postulado, lamentablemente, también es válido aún hoy. Y naturalmente, también es claro que -adelantándome un poco- estas polaridades no pueden ser simple y llanamente sumadas unas con otras; sino que, más bien, en cada una de ellas se requiere una síntesis creativa y constructiva. Y aquí aparece una vez más como algo muy necesario, de un lado, la elaboración de ciertas metateorías reformadoras de cada uno de los ámbitos aludidos -como por ejemplo las correspondientes a la ecología, la sociología, la economía-, y de otra parte, sin embargo, que esto sólo puede resultar si es que -y en la medida en que- a esas metateorías, o mejor dicho, a sus bases sustentatorias, se les brinde una filosofía correspondientemente reformadora².

Sólo como una mera constatación fáctica, me permito decir que yo mismo me he dedicado desde hace más de treinta años precisamente a esta tarea: el objetivo central ha sido -y sigue siéndolo- lograr hallar un punto arquimédico, que sea tanto imperdible

como inevitable, a partir del cual la persona humana construya su impermutable dignidad de tal; así como entender este punto en su estructura de principios de una manera tal, que todos los tipos de relación con el mundo, con la naturaleza y con la sociedad queden igualmente dentro de él; sin que, por lo demás, su dignidad individual se vea para nada menoscabada. El concepto central sería aquí el de una *subsistencia relacional*. Y también en la filosofía práctica -y precisamente en ella, que tiene como tarea reflexionar sobre la convivencia humana y sobre nuestra vida en la naturaleza, es decir, reflexionar sobre el conjunto de este mundo- una correlacionalidad de este tipo podría constituirse en la tan mentada 'regla de oro' que todos reconocen como absolutamente fundamental. Regla que tendría también vigencia en lo que respecta al mutuo respeto por las ideas de los otros, lo mismo que por sus posiciones de conciencia; con lo cual, claro, estaríamos superando en forma sustantiva el nivel básico de la utilidad. Pero con esto ya estoy adelantándome a hablar sobre algunas cosas que tengo pensadas para el siguiente punto.

III. Echando una mirada a una solución positiva

Ahora bien, de ninguna manera puede decirse que no dispongamos ya de una buena variedad de ideas útiles e inteligentes, para tomar por lo menos un incipiente control sobre las penosas realidades descritas más arriba. Algo así sería: por mencionar un ejemplo, y sólo para recordar una idea perfectamente correcta, transmitir a la generación que sigue el concepto que se haya en la base de la 'regla de oro'; concepto que podría hacerse realidad más o menos de la siguiente manera: que nosotros, los de hoy, nos colocásemos en la situación de los que están por venir, y que luego, desde ahí, nos preguntásemos si estaríamos dispuestos a aceptar el mundo tal cual éste estuviera en el momento en que dispusiésemos de él. En otras palabras: aquí el concepto básico sería el de la

igualdad de todos los seres humanos, el de la igualdad histórica de todas las sucesiones del género humano. Visto, pues, desde la actualidad, lo fundamental sería una perspectiva histórica humana, sería, respectivamente, tendría que serlo. Y consecuentemente, las conductas contrarias a esto deberían ser inmediatamente descalificadas y acusadas públicamente de egoísmo colectivo. -(Dicho sea de paso: se podría considerar que prácticamente todas las graves anomalías referidas aquí al principio están requiriendo ser revisadas desde esta perspectiva; así como también podría decirse que pueden ser perfectamente corregidas y superadas). Y de esta relación fundamental podría derivarse la siguiente idea: la de una responsabilidad por los aspectos económico-ecológicos, y también por aquellos de orden socio-político universalmente compartida; todo ello, naturalmente, visto ante todo desde la perspectiva de los agentes causales. Esta idea es tan simple como importante; así como objetivamente evidente. Lamentablemente, quienes hoy la sostienen no poseen, por lo general, la misma fuerza que sus oponentes.

Una segunda cuestión, aún más específica, tiene que ver con la circulación internacional del capital. A modo de ejemplo: sólo se necesitaría un impuesto mundial relativamente bajo a estas transferencias de capital para detener de golpe y a escala planetaria esta ganancia que es, en parte, poco sólida y en parte, también injusta. Estas ganancias se nos aparecen como injustas en la medida en que contradicen ese antiguo principio básico que a la letra dice que 'el que no trabaja, no come'. Claro que no se puede entender esta sentencia de una manera demasiado estrecha: no quiero decir, por ejemplo, que uno sólo reciba la cantidad de comida exactamente correspondiente al tiempo que se ha pasado efectivamente trabajando. Instituciones como el descanso de la vejez, las vacaciones para recuperar fuerzas y otras por el estilo, son en realidad conquistas propias de una civilización avanzada. Así como también el progreso tecnológico, visto de una manera general,

apunta en una dirección que (por lo menos en la mayoría de los casos) está destinada a aliviar a los seres humanos del trabajo pesado y fatigoso. Porque uno no consigue su sustento fundamental o exclusivamente sobre la base de su propio esfuerzo, sino que se apoya mucho en el trabajo de los demás. Tampoco estoy aludiendo a la mejor organización o repartición del trabajo, ni a otras cuestiones similares; porque, claro, esto también se entiende como una forma de trabajo, por más que sea algo distinta. Aunque, dicho sea de paso, respecto de este tipo de trabajo (que podríamos llamar 'de segundo orden'), sería importante precisar que debe tener una orientación de servicio hacia el bien común, aunque fuera de manera relativamente restringida, como, por ejemplo, en una empresa productiva, una de servicios o algo similar. No; lo que aquí se está condenado es el hecho de que alguien pretenda vivir única y exclusivamente de la explotación del trabajo de los demás. Este asunto puede adquirir también un perfil un tanto diferente en la figura de quien establece una relación injusta entre su trabajo, o sea, entre la fuerza corporal o el tiempo intelectual que el sujeto invierte, y lo que por ello extrae para sí; una proporción absolutamente injusta o, si se prefiere ponerlo así, una imposible de justificar de manera racional³.

Excursus: crecimiento y estabilidad a largo plazo

Por cierto: esta temática trae consigo una problemática más a la discusión: la cuestión de la Economía del Desarrollo en general: que pasaremos a tratar brevemente.

En la Antigüedad Greco-Romana, en el Medioevo Europeo, durante la mayor parte de la Ecúmene Islámica, al igual que en la India y en el Lejano Oriente, imperó a través de todo el tiempo una comprensión estática de la economía. Su función era básicamente la de servidora, su meta era la satisfacción de las necesidades de las clases dirigentes; y ello se hacía de manera tal que, tanto en las cues-

tiones técnicas como en las referentes a la repartición de los bienes, en lo fundamental —es decir: en principio— no se tenía previsto ningún tipo de novedades. Si bien es cierto que todo lo que se dio más tarde —en el sentido de la modernidad europea— ocurría de una u otra manera desde siempre, aunque siempre, también, y en principio, en forma de casos particulares, como quien dice, de casualidad. Esto no excluye para nada el hecho de que, en una perspectiva de largo plazo, se diera efectivamente un cierto desarrollo tecnológico (o también burocrático, respecto de la administración del Estado).

Pero el crecimiento económico en sí, es decir, uno pensado, casi como 'un crecimiento por el crecimiento mismo', aparece recién con la revolución cultural integral de la modernidad europea: el progreso tecnológico, que tenía como condición previa una nueva idea de la ciencia como una evolución constante e indetenible, esa forma de progreso, tuvo una evolución estructuralmente idéntica en el terreno de las conquistas económicas. Sin embargo, estas evoluciones fueron sobreproporcionales. En comparación con el anterior sistema de satisfacción de las necesidades, derivaron en un desarrollo exponencial de la producción de bienes, que, visto desde la óptica de la idea misma, se extrapola continua e indefinidamente. Otra consecuencia fue el conflicto de todos conocidos acerca de la forma cada vez más justa de repartir la riqueza que se iba generando. Se hizo evidente que, en la evolución de esta nueva concepción del mundo, de la producción, de la sociedad y de la economía, se estaba generando un nuevo espacio para las más diversas formas de enriquecimiento ciertamente injusto. Las normas que habían llegado desde la época de la antigua economía repentinamente se evidenciaron como inútiles. Al indetenible impulso de apropiación por parte de una minoría se le abrieron posibilidades insospechadas hasta ese momento; posibilidades que aumentaban de manera exponencial. Sólo muy lentamente, y con grandes dificultades, se fueron logrando,

uno a uno, determinados avances en el camino hacia una justicia económica más integral. (Y sabemos que la verdadera meta, la que apunta a un marco universal, está aún muy lejos de ser alcanzada).

Lo demás fue tan sólo una consecuencia directa: el dinero, que en sí no tiene más valor que el de ser un instrumento puramente formal para el intercambio, se convirtió muy rápidamente, y precisamente en virtud de su neutralidad, en un medio para percibir los nichos potenciales de enriquecimiento, que prometían, a su vez, un incremento del valor. En ese mismo proceso, aparecía también -dicho de manera muy general- como un medio adecuado para contribuir al desarrollo (igualmente general) de la civilización tecnológica que, de una manera ideal, se concebía como posible a nivel planetario. Lo que estamos diciendo es que el dinero en sí -vale decir, el dinero, bajo aquellas condiciones sociales y económicas- adquirió la capacidad de, por así decirlo, multiplicarse exclusivamente sobre la base de sí mismo. Se convirtió con ello en un índice neutral de una cultura del crecimiento proyectada en el nivel mundial y hacia toda la humanidad.

Ahora vuelvo al texto principal: si reflexionamos por un momento acerca de la nueva dimensión que ha alcanzado el punto de vista a partir del cual habría que implementar una corrección del estado actual de este asunto en el mundo, asunto que evidentemente se nos ha escapado de las manos y que uno tendría evidentemente que preguntarse antes que nada, si existe siquiera dicho punto de vista; respectivamente podría, en el futuro, seguir adquiriendo nuevas y aún mayores dimensiones, siquiera hasta si debería existir. ¿No podríamos, en tal caso, estar corriendo el riesgo de una nueva particularización (¿un nuevo reduccionismo?), posiblemente tan sólo con algunos otros riesgos, que hoy aún nos son desconocidos? ¿No sería tal vez mucho más adecuado tomar aquí o allá algunas medidas esencialmente pragmáticas que apuntasen al objetivo deseado? Aunque probablemente esto terminaría convirtiéndose

se en la simple prolongación de inseguridad general, aunque con otros medios.

En vez de ello quisiera sostener la tesis de que, sin desconocer la necesidad real de un procedimiento pragmático, más allá de ello, existe una manera más amplia de ver las cosas, una que puede inclusive ser de mucha utilidad. La argumentación es muy corta: debiera ser claro que un punto de vista como éste, que además no contradice a ninguno de los muchos puntos de vista secundarios, puede precisamente cumplir la función de ser una medida, un criterio importante, sea para evaluar escalas subsidiarias de medida, que aparecen opacas respecto de sus consecuencias y demás, o sea para el descubrimiento creativo de las medidas, que en el momento en que se requirieran aún no existan.

Esto tiene que ver con la cuestión de la existencia y, aun más, con los específicos qué y cómo de una argumentación como ésta. Quisiera contestar a esto de la siguiente manera: sin discutir largas alternativas: en principio, simplemente expresar que ese punto de vista que estamos buscando ya existe, de una cierta manera cíclica. En la ecología se nota esto inmediatamente: nada podría ser más ideal que una economía cíclica integral, en la cual los más diversos procesos de producción, distribución y consumo, todos sin excepción, se comportasen entre sí de una manera tal que, al observar todo el conjunto, no brotara de él nada más de basura, o sea, que no hubiese más basura que no pudiera ser utilizable, tal como ocurre realmente en una naturaleza dejada a su propio desarrollo. Sin duda esto sería lo ideal. Es probable que esto nunca se logre con los medios económicos humanos. Sin embargo, con el potencial técnico del que actualmente disponemos, podemos de manera realista apuntar al óptimo posible en esta dirección. Claro que en la realidad, nos encontramos no a kilómetros, sino a universos enteros de distancia de dicho óptimo.

De otro lado, es de presumir que, aunque a muy largo plazo, se podría limitar el uso de combustibles fósiles en favor de

otras fuentes de energía -por ejemplo, el hidrógeno, la fusión nuclear, etc.- de manera que su valor muy superior, p. ej., como materia prima para la elaboración de productos farmacéuticos se conservase para la humanidad por varios millones años. Lo señalado acá brevemente para la energía sería igualmente válido para las demás ramas de la economía. Asimismo, las posibilidades que nos brindan los procedimientos biológicos y otros aún no descubiertos, de volver a llevar a ciclos cada vez mayores los residuos ya aparentemente no utilizables, no han sido investigadas de manera integral. (Por supuesto que esto demandaría enormes inversiones, que se orientarían hacia un futuro muy lejano; cosa para la cual la economía de hoy -con su visión de ganancias a medio o aun a corto plazo- no se encuentra ni remotamente preparada).

En realidad, sería relativamente simple humanizar lo más posible los grandes centros de producción industrial. Retomando una vez más lo anteriormente dicho: la solución consistiría en no dejar como únicos responsables de la administración de la ganancia a quienes la dirigen, ante todo, al provecho de una pequeña minoría; así como a la conservación de un número de puestos de trabajo, que aunque relativamente mayor, en comparación con el resto de la población, no dejan de aparecer como grupos más bien minoritarios; sino que ellos mismos debieran cargar con la parte de la responsabilidad que les toca, a causa de las consecuencias emanadas de su productividad, sea desde el punto de vista ecológico, el social y, si se quiere, hasta pedagógico-cultural. De esta forma, acá también podría generarse un sistema retroalimenticio, de escala planetaria, del más amplio establecimiento (o restablecimiento) del equilibrio.

Hay otro problema en el cual la conveniencia de una forma de manipulación cuasi-cíclica cobra fácilmente luz, a saber: el del manejo de la explosión demográfica. Tampoco en esto el punto de vista de permitir generar la mayor descendencia posible

debería ser la regla. (Es indispensable considerar que una parte nada pequeña de la humanidad transcurre su existencia casi como desecho humano). Aquí también debiera ser la "regla de oro" la que ayude a orientar el proceso total de reproducción de la humanidad. Esto podría llevarse a la práctica si, por ejemplo, consideráramos que sea cual fuera la sociedad, nacional o regional, cuya desenfrenada reproducción alterase el equilibrio entre la utilización de la naturaleza por el hombre, de una parte, y la oferta natural a largo plazo, de la otra, que nos hace precisamente esa misma naturaleza que determina nuestras condiciones de vida, de que una tal sociedad, voy diciendo, sea excluida de todo el concierto internacional de la civilización. Sería pues, una especie de proscripción. Esto podría llegar hasta el punto en que la reproducción humana como un todo, y el auto-equilibrio mundial de la naturaleza, a la larga se balancearan nuevamente.

Y en lo que, en conclusión, atañe a las corrientes globales del capital, también aquí la solución sería fácil a partir de las cosas tal como son: para conducirla de nuevo hacia un bien común con significado, sería necesaria tan sólo una legislación internacional adecuada; la que, apoyándose en lo ya dicho, orientara la multiplicación de las ganancias no obtenidas por trabajo propio, hacia las fundaciones o hacia los fondos mundiales pertinentes; los que, como dijimos, servirían a objetivos ecológicos, pedagógicos, sociales y culturales; en forma local, regional, internacional o global. También aquí se daría en el ámbito 'civilizatorio'-cultural algo así como una sistemática del ciclo de las ganancias.

Dicho de un modo muy general: como hace unos momentos se insinuara, sólo con una integral y profunda aplicación en escala mundial de la "regla de oro" en las prácticas de la sociedad, en la manera en que lo hemos venido presentando, lo mismo que en las económicas, las políticas y, por lo menos parcialmente, en las culturales, podría darse, con una alta probabilidad de éxito, un

acercamiento integral a ese ideal del circuito de la naturaleza.

Pero esto valdría, hay que repetirlo expresamente, también y más bien precisamente, para la dimensión del futuro. Así pues: no sólo los individuos, sino también los grupos y las instituciones mismas, estarían comprendidas bajo esta "regulación". Además, está claro que el ámbito en el cual esta Regla ha de regir se extiende esencialmente desde la responsabilidad de los individuos, a la de los grupos y las instituciones; así como también habrá de regir para aquellos que vayan a ser consecuentemente tocados por las decisiones tomadas y los actos ejecutados bajo su vigencia, es decir, que también habrán de valer para aquellos receptores afectados por las consecuencias.

Sólo sobre la base de lo expuesto hasta ahora acerca de una reforma, podría ser concretamente posible imponer la necesaria modificación del ordenamiento internacional de valores actualmente en vigencia; especialmente en lo que se refiere al dominio de un ordenamiento del rango de los valores por bienes materiales y su elaboración por procesos económicos como norma 'civilizatoria' superior. Se trataría de una revolución cultural de gran magnitud, si en su lugar se ubicaran ahora valores culturales verdaderos y legítimos. En todo caso, en el nuevo orden, como ya dijimos, los valores que hoy funcionan como norma superior desempeñarían un rol notablemente subordinado y, en su lugar, empujarían a la cúspide a los valores culturales, ubicados hoy en posiciones inferiores. En un plano cuantitativo y para un intercambio amplio de bienes, el dinero conservaría su condición de instancia fundamentalmente neutral de ordenamiento; sólo cambiaría la relación entre este símbolo de valor y aquél verdadero complejo de valores o de bienes caracterizado esencialmente por su dimensión cualitativa. En esta nueva forma de consideración propuesta aquí, los valores no materiales ocuparían un lugar manifiestamente más alto que el que actualmente ocupan. Sin duda, con esto se abriría paso una

valoración mucho más profunda de los bienes y valores, que, como tales, se pueden representar, por una parte, en forma más o menos directa por simbolizaciones cuantitativas en la figura del dinero para el intercambio y, por otra parte, valores en los cuales esto puede tener lugar sólo en forma indirecta. Estos valores serían, por ejemplo, todos los valores culturales genuinos *per se*.

IV. El todo: ¿una propuesta utópica?

Naturalmente, en este momento todo esto suena bastante utópico; pues para la realización de estas ideas habría que construir una bien organizada red de las respectivas autoridades que abarque el mundo entero. En otras palabras, habría que establecer estructuras de Estados mundiales y/o sociedades mundiales, que fueran capaces de asumir estos deberes. Pero se ve con claridad que, con un proyecto centralizado cualquiera, no se ganaría nada, sino que se podría perder mucho. Y a la inversa, naturalmente, un proceder orientado en forma meramente regional sería muy poco fructífero, y hasta podría, en general, llegar a ser sumamente dañino.

Entonces, el único medio creador y fructífero debería buscarse en una nueva orientación del pensamiento democrático federal, según el cual: a aquellas instancias limitadas e inferiores se les asignaría tanto como fuera posible del poder y autoridad disponibles; y a aquellas instancias abarcadoras y supraordenadas, tanto como fuera real y absolutamente necesario.

El carácter utópico de este esbozo no tiene por qué quitarnos el ánimo; pues, cualquiera que sea la circunstancia, los primeros pasos son siempre muy pequeños.

Naturalmente que aquí hay que completar la idea: podría ocurrir que, a causa de un desarrollo que escape al control, y se vuelva mucho más rápido y poderoso que el previsto, la parte afectada de la humanidad -o tal vez la totalidad de la misma- se vea forzada a recurrir a una suerte de ética de hospital de campaña: es decir, que podría

llegar el punto en que en la escena misma se tuviera que echar mano a medidas que comportaran grandes daños, daños directamente amenazadores; medidas que verdaderamente, en épocas tranquilas, pacíficas y, en cierta forma, ordenadas, no estarían permitidas a causa de los daños que de ellas se derivarían; para decirlo con todas sus letras: a limitaciones de los derechos

humanos. (Piénsese, por ejemplo, en la política de un hijo en China). A la larga, ciertamente, esto sería intolerable. Pero podría ser que fuera necesario durante algún tiempo y bajo ciertas condiciones, como la única manera posible de evitar males infinitamente mayores.

Muchas gracias.

NOTAS

1. Esto, en principio, es válido para las ideologías más seculares, como por ejemplo aquellas del, así llamado, capitalismo neo-liberal: en este caso, la penitencia consistiría en caer fuera del sistema económico y, consecuentemente, quedar fuera del desarrollo social. (En qué medida aquí, siguiendo la tesis de Max Weber, están en juego en el trasfondo psicológico colectivo algunas formas generativas puberales, es una cuestión que deberá quedar abierta).
2. Como primeros indicios en esta dirección se señala, para hacer tan sólo una referencia sectorial a modo de ejemplo, al movimiento socio-económico del así llamado Solidarismo –desarrollado entre las guerras en Francia y Alemania (C. Bouglie, Ch. Gide, H. Pesch, G. Gundlach, *et. al.*)- así como, al llamado Comunitarismo (A. Etzioni *et. al.*)
3. Una posibilidad, p. ej., sería que, en los casos de patrimonios extraordinariamente grandes, se implementaran determinados programas vinculados con el desarrollo social a través de tasas tributarias especialmente altas sobre los índices de lujo y de riqueza, aparte de que se destinen algunas porciones proporcionalmente significativas de dicho patrimonio para actividades sociales y culturales